

cita y los que a cada rato lo apetece.

Con semejante humor —aparte de otras causas más serias y solemnes— es muy difícil que se pueda ejercer la autoridad, que en el fondo requiere una gran dosis de optimismo. Cuando no hay autoridad, lo que termina por imponerse es el poder más decisivo, aunque de menor calidad: la fuerza. Y, naturalmente, quienes cultivan la fuerza como energía de su organización, se sienten llamados a actuar. Sea por pura ambición, o porque realmente creen que están llamados a jugar un papel político que los teóricos de otro-

ra negaron tozudamente, lo cierto es que hoy por hoy —y tal vez ayer por ayer— las que se sienten menos trabadas para litigar y conquistar el poder, son las fuerzas armadas. Tres motivaciones invocan en general: la sensación de que la unidad profesional se halla en peligro en medio de la crisis de sus propias sociedades políticas; la presencia de alguna fuerza o candidato político que fue juzgado alguna vez y que intenta a cada paso volver de las tinieblas exteriores; y la imitación del comportamiento de colegas profesionales que, en otros países, han tomado las riendas del poder en nombre del desa-

rrollo y la modernización. Se juzga a los que mandan, pues, desde la perspectiva de la eficiencia vinculada a dichos valores relativos y se considera al cabo que el interés nacional está en peligro cuando otros avanzan más rápido, o dicen hacerlo. De ahí que el fenómeno peruano y el panameño se vinculen, y no sólo por la ambición de poder que estimula tantas acciones. Si no se advierte que la anécdota puede estar atravesando, al cabo, un proceso, difícil será entender los graves signos premonitores que los episodios conocidos contienen.

Carlos Temple

LAS NACIONES UNIDAS; FICCION Y REALIDAD

En la Asamblea General de las Naciones Unidas, reunida el mes pasado, el secretario general U Thant afirmó que el mundo está amenazado por una guerra nuclear debido al constante uso de la fuerza por parte de EE. UU. y la URSS, afirmando que "no puede haber sólido cimiento para la paz, mientras las superpotencias insistan en tomar medidas unilaterales cada vez que afirman ver una amenaza para su seguridad".

ETAPAS

Es bueno observar el proceso de las Naciones Unidas a través de estos 23 años de su creación para ver hasta qué punto pueden ser una garantía de paz. Finalizada la segunda guerra mundial, las potencias vencedoras, imaginaron en 1945, una "Santa Alianza", una federación de naciones "amantes de la paz" destinada a proteger al mundo de una nueva "agresión fascista". Cada uno de los 51 miembros de las Naciones Unidas debían haber declarado la guerra a Alemania, Japón e Italia. Las Naciones Unidas, del 45 al 48 —que constituye la primera eta-

pa— fue más que una formación de sociedad mundial, una alianza residual de la guerra en donde los vencedores no podían hablar. El secretario general, el noruego Trygve Lie, pertenecía a una nación aliada de occidente representando el momento que vivía las Naciones Unidas; una ausencia de universalismo.

La realidad política internacional, a partir del 48, manifestada en la formación de bloques, da origen a la guerra fría. La lealtad hacia la nación se transforma en lealtad a la ideología —como dice Raymond Aron en "Paz y Guerra"— en donde cada bloque ejerce su influencia interna y ensaya sus pasos para captar más adeptos fuera de su bloque. Es aquí donde la O.N.U. entra en su segunda etapa que es declaradamente "antisoviética". Cuarenta y cinco estados forman la alianza en oposición a los seis restantes que adquirieron gobierno comunista. En la etapa antisoviética tampoco las Naciones Unidas conforman una sociedad mundial, de estructura universal. La O.N.U. coincide plenamente con la política del poder de esos momentos; el esfuerzo y la estrategia de ambos

bloques para imprimir un determinado rumbo a las naciones unidas. Dag Hammarskjöld, un noruego occidental y neutralista luchaba, en medio de la indiferencia, por imprimir un ritmo diferente a la organización.

A partir del 1953 y con la conferencia de Ginebra del 54, la política mundial tuvo un período de quietud y de apaciguamiento —en 1953 muere Stalin— en donde las Naciones Unidas practican una cierta apertura dejando de lado el examen previo de virtudes democráticas para aceptar a los candidatos. En ese momento comienza la descolonización de Asia y Africa y las naciones unidas entran en su tercera etapa, sus miembros se duplican en pocos años; el anticolonialismo viene a ser así la tendencia dominante en esta etapa de la O.N.U. El birmano U Thant, un asiático, representa el nuevo humor en la organización.

El anticolonialismo es tanto para EE. UU. como para la URSS una estrategia encaminada a incorporar nuevos estados a sus bloques, pero estos prefieren la posición de neutralistas y no comprometerse con ninguno de los bloques en pugna, es así que se

va delimitando un tercer bloque; es el llamado tercer mundo que coincide precisamente con las naciones subdesarrolladas.

LA O.N.U. Y LA POLITICA DEL PODER

Desde la posguerra las Naciones Unidas actuaban, relativamente, en concordancia con la política del poder. A partir de la formación del tercer bloque dentro de la organización, la mayoría en sus objetivos de desarrollo y paz se aleja de la realidad internacional que se basa en el sistema competitivo de EE. UU. y la URSS, mientras la asamblea general es "declaracionista" las potencias se dedican a las intervenciones unilaterales.

La guerra fría —la lucha por la primacía del poder— ha hecho que las Naciones Unidas afronten el problema del universalismo y la desvirtuación de sus objetivos de paz. Si bien durante el período de formación de la O.N.U., esta, pudo no ser universal por razones inherentes a su propia formación, hoy, que el universalismo o la representatividad real de una sociedad mundial es lo más importante para la organización como posibilidad para ejecuciones prácticas, no puede ser logrado pues quienes tienen el poder de decisión sobre este tema son las grandes potencias —atrincheradas en el Consejo de Seguridad con poder de vetar cualquier decisión que perjudique sus intereses— para quienes la guerra fría es la que toma las decisiones. Así una nación, la República Popular China, con una población de setecientos millones de habitantes, una cuarta parte mundial, es sustituida por un estado de trece millones como la irreal China Nacionalista de Chiang Kai Shek. O las naciones que importan para la coexistencia mundial, pues allí se desarrolla la lucha por el poder, como Vietnam, Corea, Alemania, per-

manecen marginadas de las Naciones Unidas. Es una evidencia más del alejamiento de las Naciones Unidas de la realidad de la política del poder.

La existencia de una oligarquía internacional que actúa, también, dentro de las Naciones Unidas hace que el universalismo sea una ficción. Las grandes potencias deciden sin el consentimiento de la mayoría, que anhela el universalismo, precisamente pueden hacerlo pues la O.N.U. fue pensada por las minorías y constituida a su medida, como una pantalla que disfrazara su política de poder. Schwazemberger se refiere a la O.N.U. como la política del poder disfrazada.

La aristocracia internacional de las grandes potencias —URSS, EE. UU., Gran Bretaña y Francia— tiene una doble política; practican una cierta política exterior pacifista en el ámbito de la Asamblea General, mientras que por otra parte en el Consejo de Seguridad y fuera de la Institución ejercen su política de poder, acomodando las acciones a su interés. En la Asamblea General se refugia el derecho internacional —normas morales sin valor real— mientras que en el Consejo de Seguridad se practica la política de poder internacional.

Las Naciones Unidas en la ficción de su universalismo y en la imposibilidad de obtener la paz, ni siquiera imponen el respeto por los derechos humanos como lo evidencia el régimen de Rhodesia, la lucha de Biafra, etc., corre el riesgo de convertirse realmente en un "foro" declamatorio.

La descolonización pudo ser lograda, en cierta medida, más que por las continuas exhortaciones de la O.N.U., por el acuerdo de la aristocracia internacional —sobre todo EE. UU. y la URSS— que vieron en la descolonización la posibilidad de acre-

centar sus bloques con la incorporación de las nuevas y recientes naciones o al menos mantenerlas neutrales, para no engrosar al enemigo.

Es decir que cuando la situación internacional debe cambiar, en beneficio de la aristocracia internacional, se hace independientemente de la O.N.U., pues las grandes potencias están de acuerdo en hacerlo. Cuando sucede lo contrario, en el caso de la apelación de la O.N.U. en favor del desarrollo para los países subdesarrollados, donde las potencias no están de acuerdo en modificar la situación internacional, las declaraciones e intenciones de la organización caen en el vacío, muestra de su propia debilidad.

Es decir que las Naciones Unidas son eficaces cuando las potencias están de acuerdo en determinadas situaciones. Para las potencias rectoras es más importante la salvaguardia de sus valores o intereses que la paz mundial —o el interés de todos—, de allí que el objetivo de la O.N.U. en asegurar la paz pudo cumplirse sólo cuando ésta no afecta a los intereses de la oligarquía internacional.

La O.N.U. sólo funciona eficazmente para imponer la paz a los estados chicos y medianos, precisamente porque de estos no depende la paz ni la guerra. Quienes menos posibilidad tienen de trabajar por la paz son los que reciben la imposición de ser pacifistas —como el tratado que prohíbe la fabricación de armamentos nucleares a firmarse— por imperativo, no de la O.N.U. en su conjunto, sino de las grandes potencias.

Es lícito pensar, entonces, que la paz no depende de las Naciones Unidas, sino que ésta depende, para su existencia, de la paz mundial, es decir que la paz se lograría por el acuerdo de las superpotencias y no por el funcionamiento de las Naciones Unidas.

Juan Mozzicafreddo